

y mas tarde se fundó el establecimiento del *Cuartel del Cerrito*, á 5 leguas de la Asuncion.

Habiéndome obligado muchos motivos á tomar la resolucion de ir á pasar algunos dias al *Cuartel*, comunicué mi proyecto al presidente, que tuvo la bondad de poner á mi disposicion una canoa y algunos hombres. El camino por el rio es mas largo, pero es tambien mas seguro. Salí, pues, de la Asuncion en una tarde del mes de agosto, y despues de pasar la noche en uno de los puestos de la orilla izquierda, que por este lado están muy próximos entre sí, desbarqué temprano al dia siguiente en un espacio

descubierto por entre los árboles que ciñen la corriente del rio. En aquel punto habia un destacamento de soldados, y desde allí envié un parte al comandante del fuerte, quien me salió al encuentro trayéndome algunos caballos y una escolta.

Pusímonos en camino, y despues de media hora de marcha descubrimos el *Cuartel*. El sitio que ocupa parece bien escogido. Situado en medio de una llanura descubierta y en una altura poco considerable, pero desde la cual la vista se estiende sin obstáculo, está durante el dia al abrigo de una sorpresa. Merced á la elevacion del suelo, los pastos que lo ro-



Oreja de indio Lengua.

dean son de excelente calidad, están libres de las inundaciones del rio, y los rebaños se multiplican allí en fabuloso número.

El establecimiento es un largo edificio con techumbre de paja, en el cual se alojan por una parte el comandante y su segundo (*alférez*), y por otra, la tropa. En el centro hay un porton que abre paso á una pieza destinada á guardar las armas y municiones. Ví allí un cañoncito de bronce, especie de pedrero montado sobre una cureña de campaña. A este cuerpo principal de edificio están unidas otras dependencias destinadas á los usos domésticos.

Una fuerte empalizada hecha de estacas de 3 á 4

metros de altura, rodea el *Cuartel*; el espacio que éste encierra es un cuadrado cuyos lados tienen 80 metros, con ángulos cortados, en los que hay una pequeña esplanada en que se coloca un centinela á quien la estacada cubre todo el cuerpo, escepto la cabeza. Una especie de jaula levantada sobre una viga gigantesca domina á lo lejos el campo, y en ella se mantiene de dia un soldado; pero baja al anochecer, porque en una noche oscura los salvajes podrían hacer llegar hasta él sus flechas, á pesar de su vigilancia.

La guarnicion se compone de veinte y cinco hombres de todas armas, pero por lo regular son lance-

ros. De dos en dos meses se releva el destacamento apostado cerca del rio, y al que su debilidad numérica, su aislamiento y la falta de abrigo alrededor del *rancho* que ocupa, imponen un servicio muy penoso de incesante vigilancia.

Imprudente seria, en efecto, confiar en las dispo-

siciones pacíficas de los indios y en sus amistosas demostraciones. Si sus agresiones no son continuas; si á veces trascurren años sin que hagan siquiera una tentativa de robo, en cambio, aprovechando de repente la profunda oscuridad de una noche tempestuosa, preséntanse en partidas numerosas, prorum-



Indios Lenguas.

pen en el grito de guerra, arrojan contra los centinelas una granizada de flechas, y luego se retiran llevándose cuantas cabezas de ganado les es posible reunir.

Estos merodeos periódicos no impiden, sin embargo, que se establezcan ciertas relaciones entre la guarnicion y sus irreconciliables enemigos. Entre

las tribus hay por otra parte algunas que profesan un odio menos vivo á los blancos: á este número pertenecen los lenguas, que van muchas veces á cambiar caballos por aguardiente, naranjas, mazorcas de maiz, ó varias chucherías de fabricacion europea. En el corto trayecto que separa el rio del puesto encontré algunos indios de la citada nacion, y habiendo

manifestado el deseo de verlos mas de cerca, el comandante les invitó á que viniesen á verme. Al dia siguiente acudieron presurosos, pues les habia complacido mucho la promesa de una buena racion de aguardiente; y entonces recogí respecto de ellos y á mi placer, por medio de un intérprete, los siguientes pormenores.

Indios del Grun-Chaco.—Lenguas, tobas, machicuys.

*Nacion lengua.*—Poco numerosa en la actualidad y casi estinguida, la nacion lengua vive al norte del Pilcomayo, unida y mezclada con los enimagas y los machicuys, á corta distancia del *Cuartel*. Sus actuales enemigos son los tobas, aliados con los pitiligas, los chunipis y los aguilotes; estos constituyen una horda numerosa al otro lado del Pilcomayo.

Los restos de la nacion lengua están confundidos y mezclados especialmente con los machicuys. En efecto, ellos dicen que no forman sino doce familias, y el cacique de los mascoys es tambien el suyo. Este cacique se llama Viské. Los paraguayos le han dado el sobrenombre de *Casacapita*, palabra híbrida formada de un vocablo español y de *pita*, que significa rojo, calificativo guarani. Este sobrenombre le fue aplicado porque vestía una casaca encarnada que le habia regalado un oficial del *Cuartel*.

Los lenguas tienen *pajes* ó médicos que sólo administran á los enfermos agua y frutas, y hacen succionés con la boca en las heridas y los lugares doloridos, uniendo á esta operacion algunas hechicerías, y cantos acompañados de calabazas (*porongos*) que sacuden acercándolas á los oídos del enfermo: estos porongos llenos de piedrecillas, producen un ruido ensordecedor. Los *pajes* son al mismo tiempo hechiceros, predicen los acontecimientos y leen el porvenir.

Algunas mujeres, si bien esta costumbre no es general, se pintarrajean de una manera indeleble en la época de la pubertad, que siempre se celebra con una fiesta que consiste en una reunion de familia, en la cual los hombres se embriagan con aguardiente, si han podido procurárselo por medio de algun cambio, ó con el líquido fermentado (*chica*) que sacan de los frutos del algarrobo.

El pintarrajeado de las mujeres consiste en cuatro rayas azules, estrechas y paralelas, que bajan desde la raíz de la frente hasta la nariz, por la cual siguen hasta su estrechidad, sin continuar sobre el labio superior; y en anillos irregulares dibujados sobre los lados de la frente hasta las sienes exclusivamente, sobre las mejillas y la barba.

Los dos sexos se taladran las orejas desde la mas tierna edad, y pasan por el agujero un pedazo de madera cuyo diámetro aumentan sin cesar, de mo-

do que á los cuarenta años la perforacion presenta enormes dimensiones. He medido muchas, y he encontrado por término medio, en el sentido longitudinal, 6 centímetros: el diámetro antero-posterior era un poco menos notable. Estos pedazos de madera macizos están redondeados irregularmente, y me han presentado en su mayor diámetro hasta 4 centímetros y medio. Muchas veces, los lenguas los reemplazan con un largo pedazo de corteza de árbol, arrollada en espiral á manera de un muelle real de reloj. Sea cual fuere su naturaleza, este pedazo de madera se llama *ilaské*.

Los lenguas se peinan los cabellos, que se cortan por encima de la frente y hacen con ellos un mechón que desde el centro de la cabeza va á unirse, pasando por encima de la oreja izquierda, á la masa reunida y atada por detrás de la cabeza, con una cinta ó una cuerda de lana. Estos cabellos, siempre negros, derechos y por lo comun largos, muy finos, y hasta sedosos, caen entre los dos hombros. Las mujeres no reúnen así sus cabellos todos los dias, y he visto á muchas que los dejaban flotar. Por lo demás, si se pintan algunas veces no por ello puede decirse que los lenguas cuiden de su pelo, porque á este cuidado se opone su estremada suciedad. En efecto, es imposible ver nada mas desaliñado que dicha nacion, tan parecida en ésto á las demás de su clase.

Las armas de los lenguas son arcos y flechas que cuelgan á su espalda medidas en una funda de piel; usan tambien un hacha que llaman *achagy*, y que llevan del mismo modo; y manejan una *makana*, baston hecho de una madera dura y pesada; en fin, á todo esto agregan una lanza con punta de hierro, y algunos se arman con las *bolas* y el *lazo*. Son excelentes ginetes: montan en pelo con sus mujeres é hijos, muchos sobre el mismo caballo; y así las mujeres como los hombres montan á derecha. No usan freno, pues se contentan con un pedazo de madera, y hacen riendas con hilos de *caraguata*.

Su color oscuro-aceitunado, mas pronunciado que el de los tobas, sus pómulos prominentes, sus ojos pequeños, su cara ancha y aplanada, su nariz abierta y un poco aplastada, su gran boca y sus gruesos labios imprimen á la fisonomía de estos salvajes un aspecto singular, al cual no contribuye poco un par de orejas que cuelgan hasta la base del cuello, y en algunos individuos hasta las clavículas. Los lenguas, como todos los indios, se vuelven horrorosos á medida que envejecen.

Habian trascurrido algunas semanas desde mi excursion á aquel punto, y regresé á la Asuncion despues de otro viaje al interior del pais, cuando supe que el *Cuartel* habia sido objeto de una agresion imprevista por parte de las tribus del Chaco, y que de

resultas de un combate en que habian perecido dos indios, los soldados habian podido recuperar las reses robadas y hacer algunos prisioneros que al punto fueron enviados á la capital y confiados á la custodia de la tropa en el cuartel de caballería, situado cerca del arsenal y del puerto. La ocasion no podia ser mas favorable para continuar mis estudios etnográficos y completarlos, y al dia siguiente me trasladé al cuartel.

Al llegar á él encontré doce indios cargados de grillos, y sentados aquí y allí en medio de un patio estrecho. Cubiertos de miserables vestidos europeos, de ponchos convertidos en andrajos, ó envueltos á la antigua en unas malas mantas, los prisioneros, entre los que habia dos niños, uno de ocho y otro de quince años, se mostraban tristes, abatidos y encastillados en un silencio profundo, que me costó algun trabajo hacerles romper.

Al lado de los lenguas que habia visto en el *Cuartel*, se hallaban tobas y machicuys; pero aunque era conocido de los primeros, mi intérprete les preguntó en vano cuál habia sido el motivo de su agresion.

*Nacion toba.*—Los tobas, llamados por los enimagas y los lenguas *natocoet é yncanabacté* y *guanlang* en la lengua mataguaya, tienen por lo regular alta y airosa estatura. Medí á tres, y les hallé 1 metro 81 centímetros, 1 metro 77 centímetros, y 1 metro 71 centímetros. Su sistema muscular está desarrollado, y sus bien conformados miembros terminan, como en todas las naciones del Chaco, en manos y pies que pudieran causar envidia á los europeos.

Tienen la frente regular, no prominente, ojos vivos, mas grandes que los de los lenguas, con cejas estrechas y poco pobladas, y el iris negro. No se arrancan las pestañas. Su nariz, regular y prolongada, se redondea en su estremidad, ensanchándose un poco. La boca, ligeramente levantada en los ángulos, mas proporcionada y menos hendida que la de los lenguas, está poblada de hermosos dientes que conservan hasta una edad muy provecta. Tampoco tienen los pómulos salientes, ni la cara tan ancha.

Tambien parece que los tobas han renunciado al uso de la *barbota* que llevaban todavía en tiempo de Azara, pues en ninguno de ellos se veia cicatriz en el labio inferior; tampoco tenian perforadas las orejas. Dejaban crecer y flotar sus cabellos sin atarlos. Algunos, no obstante, se los cortaban á raíz sobre la frente, y esta costumbre está en vigor entre ciertas mujeres.

El color de la piel, menos pronunciado que el de los lenguas, es oscuro-aceitunado sin reflejos amarillentos; por lo demás, confieso que es muy difícil describir estos matices tan variados de coloracion.

Nada podia arrancar á los indios prisioneros de su taciturnidad, y por mas preguntas que les hacíamos su rostro permanecia impasible, frio y grave. Algunos viajeros dicen que las mujeres cuando son jóvenes, tienen una sonrisa graciosa y rostro interesante; pero sus facciones se deforman pronto, y á semejanza de los hombres, su fealdad llega á ser repugnante. Aparte de esto, sus pechos, que en la juventud tienen un volúmen natural y están bien situados, se prolongan hasta el punto de ser posible que los niños, suspendidos á la espalda de sus madres, lleguen á ellos cuando quieren alimentarse.

Asi reunida á los mbocobis, la nacion toba ocupa, ó por mejor decir, recorre una estension considerable de las llanuras del Chaco. Se la encuentra en las orillas del Pilcomayo, desde su desembocadura hasta el pie de los primeros estribos de los Andes, donde está en contacto, y con frecuencia en guerra con los chiriguano.

Generalmente nómadas, los tobas son pescadores y cazadores. Usan por armas bolas, flechas, makanas y largas lanzas con puntas de hierro. Algunas de sus tribus, mas sedentarias, agregan los productos de la agricultura á los de la caza, y cultivan el maiz, la yuca y las patatas.

Los niños de ambos sexos van desnudos; los hombres y las mujeres llevan una pieza de un género cualquiera arrollada alrededor de la cintura, ó se cubren con un envoltorio hecho con los despojos de los animales montaraces. El adorno de las mujeres consiste en collares y brazaletes de cuentas de vidrio ó de mariscos; en ciertas tribus los hombres se rodean el cuerpo con largos rosarios blancos, formados de pequeños fragmentos de mariscos redondeados á manera de botones, y ensartados de modo que conservan una posicion uniforme.

La circunstancia á que debí el hallar en la Asuncion aquellas hordas indómitas, deja adivinar bastante lo que me resta por decir de sus costumbres y usanzas. Los tobas, altivos y celosos de su libertad, han manifestado siempre disposiciones hostiles respecto de los criollos, y nunca han cesado de inquietar sus establecimientos, ora atacándolos á mano armada, ora robando sus rebaños. Las ciudades de Corrientes y Santa Fe, especialmente ésta, sufrieron mucho á causa de sus depredaciones. Los santafecinos, auxiliados por los gobernadores de las provincias comarcanas, han emprendido muchas veces dispendiosas y sangrientas expediciones contra sus implacables enemigos. Esta lucha entre la barbarie y la civilizacion continúa en nuestros dias mas encarnizada que nunca. Un viajero refiere que los indios han verificado en las márgenes del Salado, desde el mes de abril de 1854 hasta el de agosto de 1855, seis invasiones que han costado á la provincia de Santiago ciento

trece habitantes, llevados como cautivos ó asesinados en el acto. No hay seguridad alguna para las casas diseminadas, ni aun para las ciudades. Aquellas hordas salvajes, que saben duplicar las fuerzas y la velocidad del caballo, atraviesan como un alud inmensos desiertos y caen súbitamente sobre pobres familias, mudas de espanto é inermes. Supóngase á estos indios provistos algun dia de armas de fuego, y asentarán impunes sus tiendas sobre las ruinas de las ciudades. Mientras el cruzamiento de las razas no las haga entrar, modificadas y con mas suaves costumbres en la gran familia humana, la inminencia del peligro hará indispensable la adopcion de medidas enérgicas de esterminio, cuyo interesante relato nos llevaria demasiado lejos.

*Machicuys.*—Aun admitiendo una identidad casi completa entre los tobas y los mbocobis, hacemos nuestras reservas hasta adquirir mas estensos informes, respecto de los machicuys, á quienes M. de Orbigny considera como una tribu de los mbocobis y los tobas, cuya lengua hablan. El estudio especial que acerca del particular he verificado no me permite participar de la espresada opinion.

Al lado de estas diferencias de lengua, encontramos otras. Asi, mas sedentarios, agricultores, y dotados de menos feroces costumbres, los machicuys se aproximan á los lenguas por las extraordinarias dimensiones del lóbulo de las orejas, por sus armas y su modo de pelear. Azara dice que se diferencian de ellos por la forma de su *barbota*, que se parece á la de

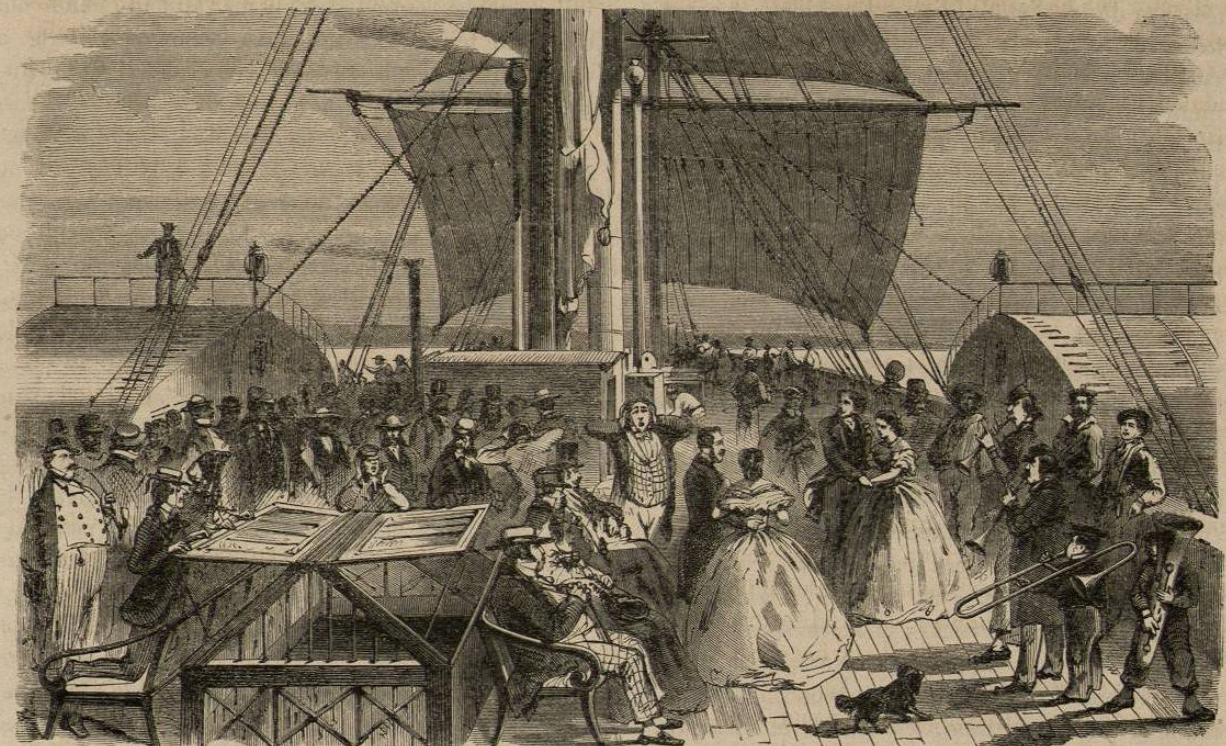
los charruas. Repetiré aquí la observacion anteriormente hecha: ninguno de los machicuys que he visto presentaba la cicatriz del agujero destinado á recibir este adorno salvaje, que abandonan, á ejemplo de los botocudos de Brasil, en tanto que ciertas hordas del antiguo Continente lo conservan con el mayor esmero. Asi es que los berry, nacion negra de las orillas del Saubat, afluente de la márgen derecha del Nilo, se atraviesan el labio inferior para introducir en él un pedazo de cristal de mas de una pulgada.

La estatura, las formas y proporciones de los machicuys son iguales á las de los lenguas. Como ellos, tienen los ojos pequeños, ancha la cara, grande la boca, aplastada la nariz, y abiertas las ventanas de ésta. Dejan flotar sus cabellos, cuyos espesos rizos les cubren en parte el rostro y les caen sobre los hombros.

La lengua de estas naciones es, como la de todos los indios del Cháco, muy acentuada; está llena de sonidos como arrancados con esfuerzo á la nariz y á la garganta, y presenta multitud de consonantes de muy difícil pronunciacion.

Tales son los principales caracteres de la organizacion de los indios á quienes me ha sido posible observar. Temeroso de incurrir en repeticiones, remito al lector que desee mas estensos detalles, á las obras que he citado en el curso de esta narracion, y á las que encuentran oportuno lugar en la *Bibliografía* del Paraguay y de las Misiones.

ALFREDO DEMERSAY.



Músicos alemanes á bordo del *Tyne*.

## VIAJE AL BRASIL,

POR M. BIARD.

1858-1859.

orpresa de mis amigos.—Preguntas.—Consejos.—Causas que me llevaron al Brasil.—Separacion dolorosa.—Partida.

«Mi querido amigo: te ruego me digas qué motivo te ha determinado á marchar al Brasil, país triste é insalubre. La fiebre amarilla es allí endémica, y se asegura que hay serpientes muy venenosas cuya mordedura causa la muerte en pocos instantes.»

—No vayas al Brasil, me decia otro. ¿Quién diablos va al Brasil? A ese país nadie va, á no ser que le nombren emperador. ¿Has sido nombrado emperador del Brasil?

—¡Qué viaje tan bien pensado! exclamó un dia mi zapatero. ¡Qué felicidad es para mí que vayais al Brasil! Podeis hacerme un gran favor. Sabed que un *quidam* que blasonaba de marqués vino un dia á hacerme un encargo, y cuando algunos despues le envié la cuenta, habia marchado á su país, á un punto llamado Borbon.

Prometí á mi zapatero hacer todos los esfuerzos posibles para cobrar de su marqués, mi futuro vecino de algunos miles de leguas, la cantidad que le

adeudaba, ó por lo menos parte de ella á buena cuenta. Por agradecimiento, sin duda, mi hombre me sirvió peor aun que de costumbre.

No concluiria si quisiese recordar todas las preguntas que se me hacian y todos los favores que por donde quiera se me pedian, y tambien todos los consejos que se me daban para que me precaviese contra mil y mil contratiempos de que irremisiblemente seria víctima si no hacia al pie de la letra lo que se me recomendaba. Segun mis consejeros, debia usar siempre franela y vestir de blanco, á causa del sol. Debia huir como de un enemigo mortal de la tela, aunque fuese batista, pero en cambio se me permitia usar á mis anchas camisas y medias de algodón. Es probable que se me aconsejase tambien el uso del gorro del mismo género; pero no lo aseguro. Ni debia olvidarme de llevar un cargamento de pólvora para hacer la guerra á las chinches, porque siempre las hay á bordo. Seguí este consejo, pero debo decir que no encontré ni una en el buque. Tambien se me recomendó que me procurase si era posible, un camarote á babor, porque yendo á Amé-